



Dos maestros

Rodrigo Arocena¹

Universidad de la República



129

Es un honor para la Universidad de la República y para mí, adherir, con unas líneas breves y modestas, a este homenaje al maestro Barrán. El volumen reúne contribuciones debidas a especialistas en temáticas variadas, todas ligadas a su multifacética obra. Dado que yo no lo soy, cabe escribir en función de la causa de tal honor.

Me han contado que, entre 1985 y 2005, José Pedro Barrán vivió veinte años felices en la Universidad de la República. Ése es pues el punto de partida de lo que sigue, la justificación y la orientación de lo que quiero expresar. No tuve el privilegio de trabajar con Barrán, lo conocía, pero casi solo "de lecturas", desde los tiempos casi dorados de la militancia estudiantil de los años '60, antes de que el país fuera arrastrado a una espiral de violencia y dolor. A partir de 2006, José Pedro y Alicia Casas, su esposa, se convirtieron en amigos tan apreciados como queridos. Y en el curso de esa relación volví a preguntarme por qué grandes maestros que se incorporan en su madurez a la Universidad Latinoamericana, institución cuya vida suele ser tan agitada y problemática, se sienten felices en ella.

La interrogante es relevante para nuestra Universidad, tanto por las limitaciones que ha de afrontar como por lo que debe ser su vocación fundamental. Ésta la impulsa a abrir al máximo sus puertas, a trabajar con viento a favor o en contra por la democratización efectiva del acceso

1. Rodrigo Arocena es Licenciado y Doctor en Matemática y Doctor en Estudios del Desarrollo, los tres títulos otorgados por la Universidad Central de Venezuela. Fue profesor de Matemática y es profesor de Ciencia y Desarrollo en la Facultad de Ciencias de la UDELAR. Actualmente se desempeña como Rector de la UDELAR.

a la Educación Superior. Ello plantea en principio una contradicción y, al menos, una tensión permanente: no optar entre amplitud y calidad sino impulsar ambas. Se trata, por un lado, de multiplicar los esfuerzos y las modalidades educativas para que más personas accedan a la Universidad y avancen efectivamente en sus estudios; por otro lado, se trata de ofrecer oportunidades de aprender al más alto nivel, como lo merece la cultura nacional y lo requiere el desarrollo integral del Uruguay. Esa tensión lleva a otra: hay que esforzarse sin tregua por mejorar las condiciones materiales pero sabiendo que en el mejor de los casos ellas no serán comparables a las que docentes y estudiantes de grandes condiciones pueden encontrar en otras partes; una Universidad de un país periférico que defiende un modelo de acceso abierto solo puede aspirar a combinarlo con alta calidad académica si es capaz de construir y mantener espacios de trabajo cuyo clima espiritual sea atrayente y gratificante, al punto de paliar las limitaciones materiales.

Por lo antedicho tiene importancia interrogarse acerca de las causas por las cuales un académico ya tan reconocido como Barrán, por ejemplo, elige trabajar en una Universidad como la nuestra y llega a sentirse feliz en ella. Para proponer una respuesta, empiezo por esbozar una conjetura: ciertos maestros, que tienen mucho para enseñar, quieren ante todo trabajar en ambientes de rica diversidad donde se sienten útiles porque su presencia hace una diferencia al ayudar a jóvenes de espíritu que, en condiciones difíciles, aspiran a combinar compromiso ético con excelencia académica. No pretendo demostrar tal conjetura. Quienes tuvieron el privilegio de trabajar con Barrán, y de conocerlo mucho más de cerca que yo, podrían evaluar si la conjetura tiene validez en su caso. Mi impresión, claro está, es que vale una respuesta afirmativa. Tal impresión se ve acentuada por la trayectoria vital de otro gran maestro que también llegó tarde a la Universidad Latinoamericana y también dejó en ella huella imborrable.

Mischa Cotlar arribó a los quince años junto con su familia judía procedente de Ucrania al Uruguay de fines de los veinte. Su padre mantenía a los suyos atendiendo un kiosco y enviaba a la prensa soluciones a problemas de ajedrez que impresionaron a Rafael Laguardia, el fundador de la escuela matemática uruguaya. Curioso y solidario, como lo fue siempre, Laguardia quiso conocer a Cotlar padre y le preguntó qué podía hacer por él. En nuestro Instituto de Matemática y Estadística, que hoy lleva el nombre de Laguardia, se contaba que la respuesta fue: “yo no necesito nada, pero a mi hijo le gusta la matemática”. Cotlar hijo fue incorporado por ese pescador de talentos jóvenes que era Laguardia al grupo de estudios matemáticos que había organizado con José Luis Massera. Así, con un solo año de educación formal –algo así como sexto de escuela en Ucrania– Mischa Cotlar empezó a publicar artículos con resultados originales. Tocando el piano y dando clases particulares de matemática

se ganaba la vida en Montevideo y después en Buenos Aires, pues su falta de certificados educativos no le permitieron acceder a los estudios terciarios ni mucho menos al ejercicio de la docencia, hasta después que un matemático estadounidense de visita al Río de la Plata comprobó que le sobraba formación sustantiva y lo hizo ingresar directamente al Doctorado de la Universidad de Chicago, que Mischa culminó con una tesis que hizo época en el Análisis Armónico. Esta disciplina proviene de un encuentro entre la matemática y la música, que se remonta a Pitágoras, de cuya filosofía Mischa se consideraba discípulo, a la vez que en su vida encarnaba aquel encuentro: casi podría decirse que lo primero que hacía al bajarse del avión, en cada uno de los muchos cambios de país de residencia que le tocaron, era organizar un seminario de matemática y un grupo de música. Esa vida andariega incluyó varias partidas, a menudo causadas por los golpes que en las décadas de 1960 y 1970 sufrieron varias universidades de la región. Incluyó varias estancias en centros de primer nivel de Europa y Estados Unidos. Incluyó vez tras vez la vuelta a América del Sur, donde enseñó en varias universidades argentinas, en la Universidad de la República y en la Universidad Central de Venezuela; su última vuelta supuso dejar una posición estable en una prestigiosa universidad norteamericana para volver a servir a la Universidad Latinoamericana de los convulsos años '70. En ella completó una obra de excepción, investigando y enseñando hasta los primeros años de este siglo. Lo conocí bien: tuve el privilegio de ser su discípulo, su coautor y su amigo; fue el abuelo adoptivo de nuestros hijos en el exilio. Me consta que en esa Universidad agitada y problemática se sentía feliz.

Las trayectorias vitales de Barrán y Cotlar, en tantos sentidos muy diferentes, sugieren ciertas razones interconectadas para ese apego paralelo. El aporte de ambos sería motivo suficiente para cultivar tales razones, si tuvieron en ellos la incidencia que creo. Ello solo pueden confirmarlo, respecto a Barrán, quienes de una u otra manera trabajaron estrechamente ligados a él. Respecto a Cotlar, al explicitar esquemáticamente cada una de las razones en cuestión, esbozaré porqué creo que la misma tenía en él significativa incidencia.

Corresponde seguramente anotar en primer lugar la vocación por enseñar a mucha gente, no solo hablándoles a personas muy variadas sino teniendo oportunidad de dialogar con ellas. No todos los grandes eruditos tienen vocación semejante. Cotlar se preocupaba por enseñar y ayudar a todos y a cada uno de los que se acercaban a él con vocación de aprender; diría que disfrutaba de hacerlo.

En segundo lugar anotaría la vocación por trabajar con alumnos, vale decir, con estudiantes que se convierten en colaboradores y colegas. Esta oportunidad que ofrece la universidad, en la medida en que cultiva el “proyecto humboldtiano” de conectar enseñanza e investigación, es lo que la ha constituido en la principal fuente de la generación

de conocimientos al combinar los aportes de veteranos experimentados, los maestros, con los de jóvenes audaces, los alumnos. Cotlar apreciaba inmensamente la colaboración con sus alumnos, anticipando a menudo con demasiado optimismo lo que podría llegar a aprender de ellos.

En tercer lugar la universidad, en la medida en que permanece fiel a su vocación de conocer en profundidad como algo diferente de acumular información sobre cuestiones restringidas, ofrece espacio para esa “investigación de riesgo” que lleva a traspasar las fronteras entre especialidades, buscando conexiones frecuentemente escondidas y de gran valor explicativo. La capacidad de Cotlar para vincular problemas aparentemente inconexos, poniendo con rigor al servicio de la solución de algunos de ellos ideas inspiradas por el estudio de otros, era proverbial entre sus colegas más eminentes.

En cuarto lugar, y de manera estrechamente vinculada a lo que antecede, la universidad es algo más que una yuxtaposición de escuelas profesionales diferentes cuando ofrece ámbitos fecundos para la colaboración entre disciplinas y el diálogo entre saberes. En la tradición fundacional de la academia, Cotlar hacía matemática como una manera de entender el mundo, estudiando a la vez la ciencia y la filosofía.

En quinto lugar, ciertas universidades son ámbitos abiertos a las inquietudes, los dolores y las esperanzas que constituyen los signos de los tiempos; son espacios donde antiguas tradiciones y nuevas inspiraciones entran en conflictos potencialmente fecundos para que la información y el conocimiento renueven el saber. Por mi parte, cada vez que se alude a esa doble y angustiante interrogante –¿Dónde está el conocimiento que hemos perdido en la información? ¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido en el conocimiento?– pienso en Mischa.

En fin, las universidades sirven a la sociedad cuando conjugan la preparación especializada y la cultura general con la formación ética, vale decir, cuando los fines que realmente persiguen no se reducen a sus funciones y conveniencias específicas. Para Cotlar, discípulo a la distancia de Sócrates, la búsqueda de la verdad era inseparable de la búsqueda del bien.

¿Cómo recapitular las seis razones invocadas de forma tal que pueda dar cuenta de la felicidad que la universidad ofreció a los dos maestros que, procurando controlar mi emoción, evoco en estas líneas? Quizás apelando a uno de los grandes temas de Barrán, la vinculación entre lo privado y lo público.

Uno de sus escritos recogidos en el volumen de “epílogos y legados” se titula “Uruguay, una sociedad hedonista”, a la que se caracteriza como una sociedad “que valora los bienes materiales y la libertad individual como sus aspiraciones supremas” (Barrán: 2010, 67). En su último libro nos dice: “Creo poder afirmar que a fines del siglo XX y comienzos del siglo XXI el Uruguay era de las sociedades más laicas, liberales en

materia de conductas sexuales, y materialistas en cuanto a consumo, de América Latina. Sentía el hedonismo visceralmente, como una causa”. (Barrán: 2008, 299)

Hacia el final de la misma obra escribe que la creencia en “el ocaso de lo público, la afirmación de lo privado, es demasiado terrible para suscribirla sin más pero, no me caben dudas, nos informa acerca de lo que vivimos” (Barrán: 2008, 323). Casi en seguida sostiene:

Pensar en la liberación y la satisfacción de los deseos hubiera sido irreal en la sociedad agraria medieval, en medio de sus pestes y hambrunas, del control político, social y cultural ejercido por la Iglesia, de la arbitrariedad del Poder político, de una tecnología de sembradíos que dejaba la mitad de los campos en barbecho, de una mentalidad donde el miedo era un alimento central de la sensibilidad. Pero pensar en la liberación hoy es posible dado el soporte material que ha desarrollado nuestra cultura.

Con su afirmación de un individualismo extremo el hombre contemporáneo puede olvidar lo que le permitió recorrer ese camino, los presupuestos sociales, económicos, culturales y políticos que permiten su ‘egoísmo’, y confundirlos con la conquista de la libertad absoluta, la que, a veces, parece contener una alta cuota de ilusión. (324)

En una nota previa a las dos afirmaciones transcritas Barrán escribe: “Algunas ideas me fueron sugeridas por el grupo de trabajo que integré en 2003, formado por Hugo Achugar, Rodrigo Arocena, Gerardo Caetano, Daniel Gil, Marcelo Viñar y Maren Ulriksen.” (Ídem: 323) Al releer esto, recordé cuánto nos dolía por entonces el país de la crisis, dolor que nos movió a reunirnos sistemáticamente para pensar en conjunto perspectivas y alternativas. Recordé también las discusiones a veces encendidas que en ese grupo tuvimos sobre la libertad individual y los involucramientos colectivos. Hoy como entonces no encuentro mejor manera de encarar el tema que el enfoque propuesto por Albert Hirschman –otro grande que se hace muy poco– sobre los “compromisos cambiantes” entre lo público y lo privado.

En una de sus obras más inspiradoras (Hirschman, 1982), sostiene que existe una suerte de movimiento pendular que va del predominio de uno al otro tipo de compromisos, según las épocas y, en buena medida, por la frustración de las expectativas que, de maneras diferentes, generan tanto el involucramiento en el accionar público como la dedicación a lo privado, particularmente al hedonismo que Barrán analiza. Actuar junto a muchos otros –algo también llamado militar– entusiasmo y se legitima porque apunta a la felicidad colectiva. Frecuentemente decepciona porque los logros quedan lejos de las metas propuestas, y también porque las maneras de trabajar en conjunto suelen parecerse poco al estilo de vida que se reivindica.



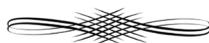


En otro texto menos conocido Hirschman (1999) vuelve al tema a partir de la frase fundamental de la declaración de Independencia de Estados Unidos de 1776, según la cual son verdades evidentes por sí mismas que todas las personas son creadas iguales y con ciertos derechos inalienables que incluyen el derecho a la vida, el derecho a la libertad y el derecho a la búsqueda de la felicidad. Afirmar este último, como derecho a reivindicar en este mundo y no sólo en un hipotético más allá, tuvo contenido tan revolucionario como la afirmación de los otros derechos consignados: la felicidad es una idea nueva en Europa, proclamaba Saint-Just durante la Revolución Francesa. Hirschman dice que, junto a la búsqueda de la felicidad, que suele tener que ver más bien con lo privado, pueden existir formas colectivas de la “felicidad de la búsqueda”. Estas formas pueden desplegarse en actividades compartidas donde exista compatibilidad racional y ética entre fines y medios, y que en sí mismas spongian una calidad de vida espiritual de la que se pueda disfrutar.

América Latina gestó un ideal de universidad socialmente comprometida, que debiera ofrecer espacios para la búsqueda de la felicidad del individuo a la vez que colabora con otros, para aprender, crear y poner el conocimiento avanzado al servicio de todos. Ese ideal tiene directa relación con las seis razones por las cuales, según me he atrevido a conjeturar, Barrán y Cotlar encontraron felicidad en algunas de nuestras universidades. Quizás sintieron que, en cierta medida, de formas variadas y hasta contrapuestas, junto a conflictos y disgustos a granel, hay en ellas posibilidades de conocer la felicidad de la búsqueda.

Si buena parte de las afirmaciones precedentes tienen índole conjetural, las que concluyen estas líneas constituyen una certeza.

José Pedro Barrán llegó en su madurez a nuestra casa, la Universidad de la República; en ella hizo escuela e historia. Nos dejó un legado movilizador: el deber de estar siempre a la altura del honor de ser la Universidad de José Pedro Barrán.



BARRÁN, José Pedro, *Intimidad, divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos*, Montevideo: Banda Oriental, 2008.

_____, *Epílogos y Legados. Escritos inéditos / Testimonios*, Montevideo: Banda Oriental, 2010.

HIRSCHMAN, Albert, *Shifting Involvements. Private Interest and Public Action*, Princeton: Princeton Univ. Press, 1982.

_____, *A través de las fronteras. Los lugares y las ideas en el transcurso de una vida*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1999.



